



CONFERENCIAS

CONFESIONES DE UN VIEJO EDITOR ESPAÑOL A UN JOVEN ESCRITOR SANTAFECINO. EDUARDO ZAMACOIS ENTREVISTADO PARA LA REVISTA *LEOPLAN* (1962)

Margarita Pierini
Universidad Nacional de Quilmes

Resumen

1962: en una mesa del Tortoni, la entrevista realizada para la revista *Leoplan* a una figura ya mítica en el campo de la edición y la novela popular como es Eduardo Zamacois ofrece un recorrido por la vida de este hombre que está redactando sus memorias, donde desfilan, entre otros temas, los inicios de las novelas semanales que él creó, y una infinidad de anécdotas sobre los escritores españoles que conoció a lo largo de sus 84 años (para esas fechas). En el cruce entre entrevistador y entrevistado es posible asomarse además a un campo de lectura que los dos comparten, desde distintas orillas: geográficas, generacionales, culturales. Estos encuentros entre “un hombre que se va” y un joven escritor llegado de su Santa Fe natal para arraigarse en Buenos Aires son también un testimonio de lo que los años 60 hacen posible: la convivencia de intereses y curiosidades compartidas, la coexistencia de tradiciones y modernidades entre las páginas de una revista *cultural* destinada a un lector masivo.

El autor entrevistado, ya lo dijimos, es Eduardo Zamacois. El joven escritor -aquí duplicado en periodista- es Francisco Urondo.

Palabras clave: autobiografía - Zamacois - Francisco Urondo - novela semanal - exilio

*En recuerdo de Alberto Sánchez Álvarez Insúa,
que tanto nos enseñó sobre estas historias*

“Zamacois existe” es el título elegido por el periodista enviado por la revista *Leoplan* para entrevistar a una figura gloriosa de la “Edad de Plata” de las letras españolas, radicado en Buenos Aires desde casi dos décadas atrás, entre otros muchos transterrados que nos trajo el exilio republicano. Y el verbo elegido para titular quiere dar cuenta de la sorpresa que causa la presencia –la supervivencia, en realidad– de alguien que parece llegar de otro espacio, ya no desde el de tiempos remotos, sino más aún: desde el de la ficción. El periodista confiesa:

Por cierto, no me asombraba el hecho de que viviera un hombre con más o menos años encima, sino otra cosa mucho más peligrosa: si él vivía, también podrían entonces cobrar vida D`Artagnan, los indios ranqueles, el Tío Tom, Marco Polo, Errol Flynn o la bella gitana, reina de los mendigos y de los truhanes



que merodeaban Notre Dame y la imaginación de Víctor Hugo. Porque este escritor corresponde a mis lecturas –a veces furtivas, siempre disímiles, eternamente desordenadas– y a mis héroes de la segunda niñez y la primera adolescencia. Era un sueño, un fantasma, un personaje irreal; era la ficción, pero una ficción tan fantástica que se transformaba en algo concreto, en un novelista, en un hombre de carne y hueso, de paso firme, de impecable elegancia, de cabellos blancos y cuidadosamente peinados.¹

Este primer impacto de la sorpresa/incrédulidad que conmueve al cronista en aquel verano de 1962 es el que se reitera para nosotros, lectores, al descubrir, en las páginas de una revista destinada a difundir la literatura entre un público masivo, el encuentro, ya no con un escritor que muchos consideraban desaparecido –como la mayor parte de sus compañeros de generación–, sino con el diálogo entablado en una mesa del porteño Café Tortoni entre el muy vital Eduardo Zamacois y su entrevistador: Francisco Urondo, llegado desde su natal Santa Fe para arraigarse –ya casi definitivamente– en Buenos Aires.

Si en mi primer acercamiento a este texto, la primera imagen que me despertó –en línea con la veta fantástica motivada por Urondo– fue algo así como *el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección*, lecturas posteriores me llevaron a considerar, justamente, el valor testimonial de ese encuentro –nada fortuito, en realidad–, que revela afinidades, historias que se cruzan, lugares de confluencia que van más allá de los años de vida que los separan. En el cruce entre entrevistador y entrevistado es posible asomarse además a un campo de lectura que los dos comparten, desde distintas orillas: geográficas, generacionales, culturales. Estos encuentros entre “un hombre que se va” y un joven escritor abierto a los nuevos aires de su generación son también un testimonio de lo que los años 60 hacen posible: la convivencia de intereses y curiosidades compartidas, la coexistencia de tradiciones y modernidades tanto en la mesa de un café –reducto de bohemios del 900 y de los 60– como entre las páginas de una revista *cultural* destinada a un lector masivo.

De todo esto, expuesto en la escritura del gran entrevistador que es Paco Urondo, me propongo hablar aquí, haciendo foco en tres ejes: la figura de Zamacois (a quien situamos como representante del 900), la de Urondo (de los años 60), y el espacio que los reúne: la revista *Leoplan*.

¹ De la nota “Zamacois existe”, *Leoplan*, 17 de enero de 1962. Agradezco al investigador Horacio Campodonico el descubrimiento y la transcripción de la entrevista, que se reproduce como anexo.



Zamacois el memorioso

Autor ya de varias autobiografías,² en el momento de la entrevista Zamacois se encuentra redactando -desde hace cuatro años, dice- sus memorias ya definitivas, un volumen que se publicará en 1964 en España, con prólogo de Federico Sainz de Robles, tenaz investigador, empeñado en sacar a la luz y devolver a la valoración académica a lo que él bautizó como “la promoción de ‘El Cuento Semanal’”. La segunda edición, ampliada, aparece en Buenos Aires en 1969, bajo el sello editorial de Santiago Rueda.³ La conversación se inicia, en palabras de Urondo, “por aquel lugar donde todo comienza”: su nacimiento en Pinar del Río, hijo de vasco y cubana. Y si bien el entrevistado se niega a dar su fecha de nacimiento -y el entrevistador, respetando *la suprema coquetería de este gallardo muchacho*, le quitará algunos años, atribuyéndole 84- lo cierto es que, nacido en 1873, al momento de la charla anda rondando los 90.

(Y adelantamos aquí que este *hombre que se va* todavía tiene muchos años y actividades por delante: la edición de sus memorias, la reedición de sus novelas,⁴ su viaje a España, después de largo tiempo de exilio, donde será objeto de homenajes en el Ateneo de Madrid; su regreso a Buenos Aires, donde fallece el último día del año 1971).

A lo largo de las 500 páginas de sus memorias (cito por la edición de Salvador Rueda), enhebrada en la vida de un “errante bohemio”, se nos ofrece la historia de un tiempo intenso, imaginativo, creador, que va desde los años de la *Belle Époque* -vivida por cierto a pleno por este gozador impenitente- hasta los crueles tiempos de la Primera Guerra, a la que asiste como cronista del periódico *Tribuna de Madrid*; y los años de la *epopeya* -son sus palabras- que culminará en el exilio en distintos países de América Latina, hasta afincarse en Buenos Aires en 1946. Entre medio, sus innumerables actividades, siempre vinculadas con *el engorroso mundo de las letras* (Urondo): su trabajo en las editoriales Garnier y Bouret, en París (1893); la publicación de más de 20 novelas y novelas cortas; su producción teatral, con dramas, comedias y zarzuelas -y en años de exilio, en guiones para radioteatro-; sus permanentes colaboraciones con periódicos de España y América, que lo convertirán en una de las figuras más populares del mundo literario en lengua castellana.

De toda esta actividad inagotable y diversa, hay dos creaciones de Zamacois que me interesa sobre todo destacar. Una de ellas, surgida de su fértil imaginación y su capacidad para estar atento a los descubrimientos de la modernidad, es el proyecto que llevó a cabo entre 1916 y 1925: realizó breves filmaciones de los principales escritores y hombres de

² *De mi vida* (1903), *Años de miseria y de risa* (1916), *Las confesiones de un niño decente* (1916).

³ Las Memorias acaban de reeditarse en España (Renacimiento, 2011) bajo el cuidado de Javier Barreiro y Bárbara Minesso.

⁴ Afirma en la entrevista de 1962: “Parece que hay un resurgimiento de mi nombre. Yo estaba con la República, y cuando cayó también me hicieron caer a mí, a mi nombre y a mis libros, que fueron tapados. Ahora parece que me vuelven a editar; no sé qué les habrá pasado”.



ciencia de España, con las cuales ilustraba las conferencias que daba en sus viajes por América, con el éxito que habían previsto él y sus representantes. De este modo, quedaron registrados Pérez Galdós, la Pardo Bazan, Blasco Ibáñez, Valle Inclan, Ramón y Cajal, entre otros. Si bien, como señala Jiménez León en el trabajo que dedica a esta faceta de Zamacois, se ha perdido gran parte de esta película, “es evidente (su) valor histórico y documental” y no hace falta insistir “en el valor pionero de la idea y su éxito; sí conviene señalar la falta de continuación de la fórmula” (Jiménez León, 1998); al menos, agrego yo, hasta muchas décadas después.

Dejo para el segundo lugar –pero el primero, en realidad, por su trascendencia sobre el campo editorial y el mundo literario en su sentido más amplio– su creación más audaz, en su momento, y, al contrario de la anterior, de más profunda repercusión en el tiempo y mayor capacidad de reproducción. Me refiero a su proyecto de crear una publicación dedicada a la novela breve, de bajo costo, dirigida a un público masivo y con textos originales de autores españoles. Es la mítica colección de *El Cuento Semanal*, que después de recibir los rechazos de varios editores (Sopena, Pueyo, Perojo)⁵ logró sacar a la luz en 1907 gracias al aporte de un agradecido mecenas, Antonio Galiardo. No voy a reiterar aquí la historia muchas veces narrada de sus peripecias a la muerte de su socio financista, que lo obligan a retirarse de la sociedad para fundar una nueva colección aun más exitosa y perdurable (*Los contemporáneos*, 1912-1926). Pero vale la pena recordar que desde el inicio su proyecto tiene perfiles bien definidos, que se mantendrán a lo largo de la serie de colecciones que se multiplican a partir de su primera creación:

Me asaltó la idea de fundar una revista que habría de titularse *El Cuento Semanal* (...) Con los ojos del alma la veía dibujada según nació después. Cada número de veinticuatro páginas, de papel ‘couché’, lo ocuparía una novela corta, inédita, ilustrada en colores y con la caricatura del autor en la portada. Nada más. Colaborarían en ella los escritores y dibujantes más reputados, y aparecería los viernes (...) al precio de treinta centésimos el ejemplar (Zamacois, 1969: 235).

El éxito del emprendimiento –debido a la feliz combinación de una pléyade (o *falange*, según el término que usará el director de la *Novela Semanal* argentina) de escritores locales, un público lector ya formado y abierto a nuevos consumos culturales, un

⁵ “Todos entendían que una revista exclusivamente literaria, no obstante su originalidad y rica presentación, jamás lograría reunir el número necesario de lectores para cubrir el gasto. [...] Desde el punto de vista comercial la revista que usted sueña es inaceptable porque desdeña “la actualidad” que es donde radica el éxito de las publicaciones semanales. A cambio de informaciones –argüía yo– daríamos buena literatura. ¿Y qué adelantariamos con eso, si al gran público, que es el que necesitaríamos conquistar, no le gusta leer?” (Zamacois, 1969: 237).



mercado atento a proveer esos consumos— se extiende por más de medio siglo en España, como ha documentado Alberto Sánchez Álvarez Insúa (1996), con más de 400 títulos. Y el modelo se adopta y se adapta, una década mas tarde, en algunos países de América cuyo campo cultural ofrece características similares al español: México, Colombia (fugazmente), y sobre todo Argentina, donde entre 1917 y 1940 hemos relevado mas de 30 colecciones del “género semanal” (Pierini, 2004).

Frente a la trascendencia de ese proyecto editorial promovido por Zamacois, resulta significativo que en la entrevista de 1962 ocupe un lugar poco destacado, apenas una mención al pasar,⁶ menos que al referirse a su emprendimiento cinematográfico.⁷ No parece excesivo aventurar que, en esos años en que las publicaciones semanales —entre otras manifestaciones de la literatura popular— gozan de muy escaso prestigio y son objeto de sostenida descalificación (cf. los duros juicios de Lafleur *et al.* en su libro *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, publicado ese mismo año) el mayor emprendimiento de Zamacois no atrae la atención del entrevistador.

Como señala Sáinz de Robles en el prólogo a las memorias, estas se abocan sobre todo a los años de infancia, juventud y madurez productiva, el periodo que se extiende desde 1873 hasta 1925.⁸ Si bien la cronología no siempre es muy estricta, en estos años los hitos que jalonan el relato de la vida -muchas veces estrechamente ligados, cuando no en directa relación de causa/efecto- son los viajes y los amores. Relata en la entrevista:

Viajé por todas partes. Por Europa, por América, por África. Estuve en Egipto unos dos meses; también en Argel y en Marruecos. A veces pienso si no es una enfermedad este deseo de irse que uno tiene. Uno siempre desea estar en la otra vereda. En la vereda de enfrente.

⁶ “Sus implacables biógrafos agregan otros datos. Zamacois olvidó, o no tuvo ganas de decir, que (...) que también para esa época vuelve a viajar a París, pero que regresa enseguida a España, en el año 1907, y funda allí dos periódicos: *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos*”.

⁷ “Mi viaje más largo duró cuatro años; empezó en Nueva York y terminó en Buenos Aires. Daba conferencias sobre Galdós, Benavente, Ramón y Cajal y todo el mundo a quien yo conocía; las conferencias eran ilustradas con películas donde aparecían todos ellos. Es de imaginar la propaganda que esto suponía para los editores de estos autores, que, dicho sea de paso, bien pudieron pagarme el viaje. Pero igual gané mucho dinero y me divertí mucho y me pasó de todo; hasta me casé en Nicaragua.”

⁸ “Es lógico que Eduardo Zamacois dedique las dos terceras partes de sus Memorias a sus años de infancia, juventud y madurez: 1873-1925. Porque durante ellos su existencia coleccionó un número mayor y mejor de hechos fecundos y significativos y entrañables: sus estudios, sus primeros y más apasionados amores y amoríos, sus luchas en Madrid para alcanzar la fama literaria (...), las fundaciones de las revistas que tanto influyeron en la vida literaria española (...); sus largos y divertidos viajes por los países hispanoamericanos (...). Posiblemente Eduardo Zamacois ha puesto toda su voluntad en acordarse mas de aquellos años durante los cuales los gozos superaron a las penas, y de acordarse menos de aquellos otros durante los cuales las tristezas excedieron a las alegrías (...) Posiblemente aun quedan en la boca de Zamacois amarguras y acideces de estos últimos aciagos años, y en las entretelas de su corazón angustias de desengaños e ingratitudes” (Sainz de Robles, Prólogo a Eduardo Zamacois, *Memorias...*, pp. 13-14.)



Aunque a sabiendas de que el suyo no constituye un caso excepcional –así lo prueban los escritores, conferencistas, directores de compañías teatrales, actores, periodistas que atraviesan el océano con una facilidad que hoy no deja de sorprendernos–, tal vez como a pocos les correspondería el lema bajo el cual nos convoca este congreso: *Diálogos transatlánticos*. Tres veces estuvo Zamacois en la Argentina, a partir de su primer viaje en 1911, hasta el definitivo de 1946. En todos los casos, de acuerdo con sus memorias –ratificadas por las fuentes periodísticas de la época–, su arribo es motivo de homenajes, invitaciones a colaborar en diarios y revistas,⁹ incluso a ensayar a toda velocidad una de sus obras de teatro para que pueda reunir unos pesos.¹⁰ Estas relaciones están cimentadas desde años atrás, por una red de compatriotas que crean sus empresas periodísticas o editoriales a uno y otro lado del océano, y abren las columnas de sus publicaciones del mismo modo que ponen un cubierto más en su mesa para el recién llegado. Una prueba de ello, que será recordada con especial relieve por el memorioso, porque se vuelve eficaz en tiempos muy difíciles: al intentar cruzar la frontera a Francia, después de la derrota (1939),

[...] se me acerca un carabinero y me pregunta: “¿Usted es Fulano de Tal?”. “Sí”, le dije, y el hombre agregó: “Conservo de usted un gran recuerdo: nos conocimos en Buenos Aires...” Había sido en el año 1911; ¡fíjese si había llovido!; él quería ser periodista y yo lo hice entrar en el *Diario Español*, que dirigía Justo López de Gomara. En una palabra, me apartó del grupo y pude escapar cruzando por un camino de contrabandistas; ya en Francia, me fui a Perpignan a pie y de allí en tren a París. Siempre recuerdo esto como una cosa tan rara; parece de novela.

(Aclaremos: aunque habla aquí de un sujeto en singular, aparentemente solitario en su huida, lo cierto es que va acompañado por su hija, su nieto y una de sus tres esposas). La historia de esa comedia de enredos –según la presenta en sus memorias– corresponde al perfil de Casanova que Zamacois desarrolla con sorprendente fortuna a lo largo de su vida.

Un entrevistador informado

En las tres páginas destinadas a la entrevista por *Leoplan* se condensan, pues, 90 años de la vida novelesca de un hombre y de la historia cultural de más de una generación.

9 En *La Razón* en enero de 1911 empieza a aparecer por entregas su novela *Los emigrantes*; cf. Zamacois, 1969: 267.

10 Estrena “Espiritismo” con la compañía de los Podestá; cf. Zamacois, 1969: 267.



Tarea compleja, que correría el riesgo de dar una imagen sesgada o incompleta de la figura a retratar. No ocurre así en este caso. Paco Urondo, a quien tal vez no se asocie con el oficio de cronista de publicaciones tan *misceláneas* como la revista *Leoplan*, es sin embargo un excelente constructor de crónicas y sabe escuchar como pocos, y disponer en el escenario elegido –en este caso, el paradigmático café Tortoni– al modo de un director de teatro, las luces y las sombras de una historia que se va narrando: “El Tortoni es un poco testigo de mucha cosa terminada, de gente y maneras de pensar que el tiempo ha borrado, o que al menos trata de eliminar”.

Sabe combinar eficazmente, como ha señalado Adriana Falchini (2010) en su trabajo sobre Urondo cronista, una cuidadosa recopilación de informaciones¹¹ con que apoya, complementa, y a veces –discretamente- contradice al entrevistado,¹² con la atenta escucha de su relato. Y combina también el difícil procedimiento de dar todo el protagonismo a la figura del entrevistado, ocupando a la vez un lugar discreto desde donde se registra su voz, su memoria, su historia como lector de esa persona. A la manera de los donantes de los retablos medievales, allí está Paco Urondo en un costado del cuadro, revelando su asombro maravillado de gran lector que se encuentra cara a cara con el escritor que “corresponde a (sus) lecturas –a veces furtivas, siempre disímiles, eternamente desordenadas– y a (sus) héroes de la segunda niñez y la primera adolescencia”.¹³

Algunas notas para ubicar a este joven escritor que está encontrando su lugar en el medio cultural de Buenos Aires, en una época de efervescencia cultural, de creatividad desbordada, de grupos y cenáculos donde conviven muchos de los nombres que van a trazar rumbos decisivos en las letras argentinas. Como tantos otros escritores –de ese tiempo y de muchos otros– Paco Urondo alterna los trabajos más o menos burocráticos –asistente en un banco, empleado de Vialidad Nacional– con la participación en las nuevas revistas de poesía (*Poesía de Buenos Aires*, *Zona de la poesía americana*), la escritura de guiones de cine,¹⁴ de adaptaciones para la televisión en auge. Y escribe: poesía, cuentos,

11 Acota Urondo: “Sus implacables biógrafos agregan otros datos. Zamacois olvidó, o no tuvo ganas de decir, que también para esa época escribió su primera novela: *La enferma*, y casi inmediatamente *Consuelo*; (...) que en (Barcelona) funda el semanario *Vida Elegante*, y que para esa época escribe *Tick Nay*, *Incesto*, *Loca de amor*, *Memorias de una cortesana*, *El seductor* y *Sobre el abismo*. Que también para esa época vuelve a viajar a París, pero que regresa enseguida a España, en el año 1907, y funda allí dos periódicos: *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos*. En una palabra: han pasado doce años -1895 / 1907- en los que se ha ido abriendo camino en el engorroso mundo de la literatura. Un gran sector de la crítica le atribuye a él, y no a Felipe Trigo, la introducción del naturalismo de Zola en la novela española de ese entonces”.

12 “Lamentablemente, y pese a la reserva que el propio interesado impone a la difusión de su edad, ésta es difícil de ocultar, ya que la Enciclopedia Espasa Calpe ha transgredido su voluntad; en efecto: han cometido la imperdonable infidencia de revelarla”.

13 Antes que él, otro gran lector, Arturo Jauretche, confiesa haberse nutrido también del repertorio de la novela corta española, en la que, en sus “nacientes pubertades”, encontraba entretenimiento e “instrucción”. Al evocar sus años mozos, recuerda haber preferido, antes que al popular Vargas Vila, “a sus contemporáneos Joaquín Belda y Felipe Trigo que entraban directamente en la materia ¡y con todo!” (Jauretche, *De pantalón corto*, 1972: 244).

14 Colabora, entre otros, en el guión de *Pajarito Gómez* (1964) y *Noche Terrible* (1967).



ensayo, novela. En un proceso que se afirma desde los comienzos del siglo XX en el país, la multiplicación de medios periodísticos constituye un espacio abierto para los colaboradores que encuentran allí una fuente de ingresos, a la vez que se hacen conocer entre un público más plural que el de las editoriales o los grupos literarios. Una experiencia que, con años y leguas de distancia, comparten entrevistador y entrevistado. Tal vez por eso hay un reconocimiento inmediato al encontrarse en el Tortoni, que va más allá de los nombres y las presentaciones: “¿Usted me busca a mí?” –pregunta Zamacois–. Por supuesto, la gente del oficio se huele, dice, se presiente, como los cristianos durante el imperio romano”.

Pocos años después (1967), Urondo va a conocer la tierra natal de Zamacois, en su primer viaje a La Habana. Y una década más tarde va a escribir la que seguramente será su entrevista más famosa: en *La patria fusilada* (1973) reúne los testimonios de los sobrevivientes de Trelew, con quienes ha conversado largamente en el espacio compartido de la cárcel de Devoto. Pero ésa es otra historia, que Zamacois ya no llegará a conocer.

Encuentros no (tan) fortuitos

Retomo mi primera imagen, casi surrealista, del encuentro entre estos dos escritores que cada uno, marca una etapa imborrable en su tiempo. Sigo las palabras del mismo Urondo en su entrevista, y como a él, ahora “me parece razonable que sea allí el encuentro: es coherente, es verosímil hasta el delirio”.

Dejando de lado el lenguaje poético (y el consiguiente *delirio*, en este caso), me gustaría acercar algunos apuntes de relectura, en función de lo que puede leerse a partir de este artículo de 1962.

1. En primer lugar, lo que el texto despliega es la siempre confirmada vinculación de Buenos Aires¹⁵ con las diferentes manifestaciones de la cultura española. Una tradición que llega desde mucho tiempo atrás (y no voy a abundar en ejemplos), y que siempre se renueva, se hace viva y fecunda con la presencia de escritores, artistas, compañías teatrales, conferenciantes, editores y editoriales, publicaciones de varios géneros y formatos, cinematografía, visitantes ilustres que dejan una marca en el imaginario nacional (pienso aquí en la repercusión popular, casi mítica, que tuvieron las visitas de Ramón Franco y García Lorca). Más allá de la influencia que tuvieron esas manifestaciones en la cultura argentina, que supo tomar y adaptar modelos de sus maestros españoles (y no puedo dejar de citar una vez más a las novelas semanales), en el plano del reconocimiento popular la entrevista hace patente esa cercanía con las obras y las figuras que se han vuelto

¹⁵ Me excuso si suena como demasiado localista: sabemos de la presencia de esa cultura en sedes como La Plata, Rosario, Mendoza, entre otras, presencia mucho más fuerte aun con el aporte del exilio republicano. Pero en este caso el escenario es la Avenida de Mayo y allí me detengo.



familiares de un lado y otro del Atlántico. Así, la nota se abre con el reconocimiento por parte de Urondo del escritor de sus lecturas de adolescente; y se cierra con otro reconocimiento que seguramente llena de gozo a este señor mayor que muchos creen ya muerto: “Pasa una mujer y se detiene a saludarlo; Zamacois le besa su mano y ella no oculta su respetuoso afecto”.

2. El diálogo entre esos dos escritores nacidos en épocas muy distantes (Zamacois 1873, Urondo, 1930 –tiene la edad de su nieto) se revela lleno de puntos en común: el amor por los viajes, es uno de ellos; por las mujeres, también. Pero sobre todo, por la literatura: ese es el patrimonio que comparten, el espacio sin fronteras donde los dos circulan y se reconocen. Poco hay de común, por cierto, entre la estética naturalista de Zamacois y la filiación de vanguardia(s) de Urondo. Pero está implícita la valoración de una tradición literaria que se continúa como herencia a las jóvenes generaciones de lectores impenitentes.

3. Por último, el espacio de papel que los reúne, y donde volvemos a encontrarlos tantos años después, la revista *Leoplan* (que funda Sopena en 1935 y se cierra en 1965) es el lugar imprevisto pero *coherente* para el diálogo entre estos dos escritores a la vez distantes y cercanos. Una revista destinada a llevar la *cultura* al lector de clase media que, gracias a la sostenida labor de la escuela durante más de medio siglo, pero también, como señala Adolfo Prieto en su *Sociología del público argentino* (1956), a “una situación social y económica (que ha podido convertir) a la población activa del país en depositaria de un pequeño excedente de bienes”¹⁶, desarrolla un consciente y empeñoso esfuerzo por ampliar lo que se denominarán *consumos culturales*, una práctica que encontrará uno de sus momentos culminantes en esa década de los sesentas.

Apéndice

Una entrevista de Francisco Urondo.

ZAMACOIS EXISTE. HA TERMINADO DE ESCRIBIR LAS MEMORIAS DE SUS PRIMEROS 80 AÑOS

Revista *Leoplán*, año XXVIII, nº 659, 17 de Enero de 1962, Buenos Aires, pp. 52-54.

De vuelta

¹⁶ “La situación social y económica de los últimos quince años ha convertido a la población activa del país en depositaria de un pequeño excedente de bienes, bienes asegurados por una nueva legislación social estabilizadora que ha extirpado, entre otras cosas, el temor del futuro” (Prieto, 1956: 80).



Nunca hubiese imaginado que algún día pudiera llegar a conversar con este novelista. Me parecía inverosímil, aunque no tenía idea del año en que pudo nacer o de la época a la cual pertenecía. Por cierto, no me asombraba el hecho de que viviera un hombre con más o menos años encima, sino otra cosa mucho más peligrosa: si él vivía, también podrían entonces cobrar vida D`Artagnan, los indios ranqueles, el Tío Tom, Marco Polo, Errol Flynn o la bella gitana, reina de los mendigos y de los truhanes que merodeaban Notre Dame y la imaginación de Víctor Hugo. Porque este escritor corresponde a mis lecturas –a veces furtivas, siempre disímiles, eternamente desordenadas– y a mis héroes de la segunda niñez y la primera adolescencia. Era un sueño, un fantasma, un personaje irreal; era la ficción, pero una ficción tan fantástica que se transformaba en algo concreto, en un novelista, en un hombre de carne y hueso, de paso firme, de impecable elegancia, de cabellos blancos y cuidadosamente peinados.

Confidencial

Espero en el Tortoni, y me parece razonable que sea allí el encuentro: es coherente, es verosímil hasta el delirio. No me deslumbran los hechos pintorescos, los paisajes bonitos, los lugares con tradición, pero el Tortoni es un poco testigo de mucha cosa terminada, de gente y maneras de pensar que el tiempo ha borrado, o que al menos trata de eliminar. “¿Usted me busca a mí?” Por supuesto, la gente del oficio se huele, dice, se presiente, como los cristianos durante el imperio romano. Y después del saludo, conversar, empezando por aquel lugar donde todo comienza: “Nací en Cuba, en Pinar del Río, y no me gusta decir el año. Cuando algún imprudente –dice, tal vez con el propósito de que me haga cargo de mi papel– de esos que nunca faltan –agrega como para que no haya dudas– me asegura, para demostrarme la edad que tengo, que me lee desde que era muy chiquito, yo le respondo que a quien ha leído hace tantos años debía ser mi padre. No hace mucho me encuentro con alguien que no veo desde hace tiempo; me recibe espantado: “¡Eduardo Zamacois! Pero, ¿todavía está usted vivo?”, y yo me quedé como un hombre que ha faltado a su deber.”

Pero, lamentablemente, y pese a la reserva que el propio interesado impone a la difusión de su edad, ésta es difícil de ocultar, ya que la Enciclopedia Espasa Calpe ha transgredido su voluntad; en efecto: han cometido la imperdonable infidencia de revelarla. No obstante, a pesar de que es demasiado tarde para mantener el secreto, respetaré esa voluntad, esa reserva. Presumo que el buen sentido del humor de Eduardo Zamacois le obligaría a digerir la broma pesada que supone reiterar ese molesto dato biográfico; sin embargo, yo, aquí, voy a respetar la suprema coquetería de este gallardo muchacho de 84 años.

De aquí para allá



“A los tres años me sacaron de Cuba y me llevaron a Bruselas; y entre Bruselas y París viví hasta los diez años. Mi padre era músico: tocaba el piano y componía; era un hombre encantador y había andado por todo el mundo. Fuimos amigos y supo, en alguna medida, iniciarme en muchos secretos importantes para un hombre. Mi padre era vasco y mi madre cubana. De Bruselas, o de París –no recuerdo bien–, pasé a España; en Sevilla hice mis estudios de la segunda enseñanza y allí viví hasta los quince años. En la Universidad Central de Madrid hice, después, toda la carrera de Filosofía y Letras y alcancé a cursar cuatro años de medicina; dejé porque no me gustaba: es muy feo.”

Sus implacables biógrafos agregan otros datos. Zamacois olvidó, o no tuvo ganas de decir, que también para esa época escribió su primera novela: *La enferma*, y casi inmediatamente *Consuelo*; que bastante insatisfecho de estómago viajaba a París y que luego volvía a Barcelona sin haber resuelto suficientemente este problema; que en esta ciudad catalana funda el semanario *Vida Elegante*, y que para esa época escribe *Tick Nay*, *Incesto*, *Loca de amor*, *Memorias de una cortesana*, *El seductor* y *Sobre el abismo*. Que también para esa época vuelve a viajar a París, pero que regresa enseguida a España, en el año 1907, y funda allí dos periódicos: *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos*. En una palabra: han pasado doce años –1895 / 1907– en los que se ha ido abriendo camino en el engorroso mundo de la literatura. Un gran sector de la crítica le atribuye a él, y no a Felipe Trigo, la introducción del naturalismo de Zola en la novela española de ese entonces.

Tal astilla

“Después empecé a viajar. Viajé por todas partes. Por Europa, por América, por África. Estuve en Egipto unos dos meses; también en Argel y en Marruecos. A veces pienso si no es una enfermedad este deseo de irse que uno tiene. Uno siempre desea estar en la otra vereda. En la vereda de enfrente. Los que viven en Japón quisieran estar aquí, y los que vivimos aquí, quisiéramos estar en el Japón. Mi viaje más largo duró cuatro años; empezó en Nueva York y terminó en Buenos Aires. Daba conferencias sobre Galdós, Benavente, Ramón y Cajal y todo el mundo a quien yo conocía; las conferencias eran ilustradas con películas donde aparecían todos ellos. Es de imaginar la propaganda que esto suponía para los editores de estos autores, que, dicho sea de paso, bien pudieron pagarme el viaje. Pero igual gané mucho dinero y me divertí mucho y me pasó de todo; hasta me casé en Nicaragua.”

También escribió la novela *El otro*; una comedia: *Frío*; *Teatro galante*; un libro de viajes: *Los emigrantes*, y una zarzuela: *Noche de amor*, estando en Buenos Aires. Era por el año 1911; al siguiente regresaría a España. Después vendría la primera guerra mundial.



De todo un poco

“Tengo muchas anécdotas y recuerdos de mis viajes, pero son tantos que no sé si vale la pena referirlos. En México resultó que mi voz era parecida a la de un actor norteamericano que estaba muy de moda; entonces me fui a la Metro Goldwyn Mayer y doblé dos o tres películas; nunca gané tanto dinero con mis libros, aunque casi siempre he vivido de ellos; mal, pero he vivido. Soy enemigo del ahorro y nunca pude calcular para mi futuro. ¡Qué cosa tan absurda eso del ahorro!... También hice periodismo. Fundé *Germinal*, en Madrid; *El Cuento Semanal*, y hay una punta de periódicos en los que he trabajado o fundado. *Germinal*, que era de extrema izquierda, me obligaba a pasarme el día en los Tribunales. También he sido modelo de Rodin en París: posé para *La puerta del infierno*”.

Me gustaría recordar algunas cosas que Zamacois ha omitido y que entiendo son bastante importantes y se incorporan al grupo de “profesiones raras” que ha desempeñado en su vida. Es claro que Zamacois ha hecho de todo un poco en este mundo, y, entre las cosas que hizo, algunas enriquecieron su profesión y otras su propia humanidad. La convicción sobre el naturalismo le obliga a tomar decisiones y a desempeñar actividades inusitadas y no siempre cómodas: quería vivir directamente las experiencias que se proponía manejar en un futuro libro. Así, para escribir *Memorias de un vagón de ferrocarril*, viaja durante un tiempo considerable como maquinista de Madrid a Mendaya. Para escribir *Las raíces*, la experiencia a que debe someterse es tal vez menos penosa, menos dura, menos sacrificada, pero quizá mucho más aburrida para un hombre de ciudad y de mundo: convivir con los campesinos de Castilla, compartir sus costumbres, soportar sus limitaciones y sus odios, vestir su chaqueta de pana, ser uno de ellos. La cárcel fue el ámbito de su novela *Los vivos y los muertos*, y en la cárcel se alojó como un presidiario más durante varias semanas.

En 1914 estalla la primera guerra mundial y, como Ernest Hemingway, se convierte en corresponsal de guerra del diario *Tribuna de Madrid*. Al año siguiente aparecía su libro *La ola de plomo*, crónicas de la guerra, y en el 16: *Las confesiones de un niño decente*, su primera autobiografía. En ese mismo año regresaría a España y emprendería su famoso viaje Nueva York–Buenos Aires, en el que recorrería todas las capitales de América y en el que se decidiría a trasponer esa aterradora tierra de nadie que separa un estado civil de otro.

“¡Oh, himen, himeneo!”

“A Anatole France le pregunté qué idea tenía del matrimonio. “Tengo del matrimonio el mejor concepto –me respondió–, porque me ha dado los dos mejores días de mi vida en un solo



año. El día en que me casé con madame France, y, al año, el día en que madame France se escapó con mi mejor amigo”. Tengo un hijo en México (los otros murieron ya), que ha tenido la irreverencia de hacerme abuelo. Tengo, también, muy buena opinión del matrimonio: me he casado tres veces. Dice el refrán que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, y francamente no sé si conviene decir que uno se ha casado más de una vez; a lo mejor es mostrar una torpeza que más valdría la pena ocultar.”

“Editore traditore”

“Parece que hay un resurgimiento de mi nombre. Yo estaba con la República, y cuando cayó también me hicieron caer a mí, a mi nombre y a mis libros, que fueron tapados. Ahora parece que me vuelven a editar; no sé qué les habrá pasado. Mis primeros libros estuvieron mal impresos, con tapas pornográficas que nada tenían que ver con lo que yo había escrito. Así vendí *Punto negro* en cincuenta duros; me ha ocurrido lo contrario de lo que suele ocurrirle a las mujeres públicas. Ellas comienzan muy bien como “cocottes”, sin que nada les falte, y generalmente terminan muy mal, ofreciéndose bajo un farol, en plena calle. Yo, en cambio, comencé vendiéndome bajo los faroles y he terminado como una buena “cocotte”; en realidad, no puedo quejarme.”

El mando y los desastres

“Estuve en Madrid durante toda la epopeya. Aquello fue un desastre, una cosa espantosa. Además, perdí entonces todo lo que tenía: crucé la frontera con un peine y un cepillo de dientes. Era soldado raso: no me gusta mandar; es mucho trabajo y hay que estar preocupándose por todo... Bueno, se derrumbó Madrid y todos escapamos como pudimos a Francia, pasando por La Perthus; pero el gobierno no nos dejaba sacar dinero, y Francia al que no llevaba dinero, lo encerraba en los campos de concentración; así era difícil salvarse. Llegamos por fin, y los italianos nos barrían con sus aviones. Fuimos miles los que llegamos a La Perthus y nadie sabía qué era lo que le podía llegar a ocurrir; en eso se me acerca un carabiniere y me pregunta: “¿Usted es Fulano de Tal?”. “Sí”, le dije, y el hombre agregó: “Conservo de usted un gran recuerdo: nos conocimos en Buenos Aires...” Había sido en el año 1911; ¡fíjese si había llovido!; él quería ser periodista y yo lo hice entrar en el *Diario Español*, que dirigía Justo Gómez Gomarra. En una palabra, me apartó del grupo y pude escapar cruzando por un camino de contrabandistas; ya en Francia, me fui a Perpignan a pie y de allí en tren a París. Siempre recuerdo esto como una cosa tan rara; parece de novela.”

El hombre que se va



“Actualmente estoy trabajando, justamente, en un libro sobre mi vida. Se va a llamar *El hombre que se va*, y hace cuatro años que lo escribo. Escribir una novela es crear, ir hacia adelante; en cambio, escribir esto es fatigoso, es el recuerdo, es escribir sobre algo que conozco de memoria. Mi libro va a empezar más o menos así: “De cuando en cuando, siento una voz que me pregunta: Fulano de Tal, ¿qué hiciste de tu vida?; y yo respondo: un pasatiempo y una canción”. Recuerdo nada más que las horas buenas; soy como los relojes de sol, que omiten las noches y las horas malas.”

No creo que debamos alarmarnos demasiado con el significativo título de su último libro: tenemos Zamacois para rato, y más vale así; sería triste que nos abandonara tan pronto este muchacho con salidas de andaluz, con elegancias de madrileño, con el gusto de un parisiense y la ductilidad y la grandeza y la velocidad de los trotamundos. Este hombre tan siglo pasado y tan moderno. Este escritor hechizado por el naturalismo, pero también por la zarzuela y la experiencia de los viajes y del tiempo vivido. Y pienso que no debemos alarmarnos por el título del libro que tiene entre manos, porque si bien es cierto que cuando uno escribe sus memorias se prepara, en cierta medida, para el gran viaje, a Zamacois ya no se le puede creer, porque no sería ésta la primera vez que escribe sobre su vida, que amaga; no sería la primera despedida que nos hace.

El aire libre

“Hace muchos años que estoy radicado en Buenos Aires y he vivido en pensiones, cosa que prueba mi salud. Cansado de ellas me fui a vivir por Villa Celina, cerca de Ezeiza, pero me he mudado porque el viaje es largo y vivir en el campo es aburridísimo: esos árboles solos, sin poder moverse, desesperados en medio de ese silencio. Soy un hombre de asfalto y me he vuelto para la ciudad. No soporto el campo; es como no viajar, y yo no quiero dejar de hacer ni una cosa ni otra.”

Pasa una mujer y se detiene a saludarlo; Zamacois le besa su mano y ella no oculta su respetuoso afecto. Zamacois vuelve a la mesa, mira su reloj, no deja pagar. “Soy su amigo”, dice, y se despide con cierta premura; con ese aire de libertad de la gente ocupada; hay otras citas, se ha hecho tarde, tiene mucho que hacer, o ganas de proteger algunos recuerdos de esta indiscreción mía, o sencillamente de no seguir hablando.

Bibliografía

Aguirre, Osvaldo (2009). “Prólogo a Francisco Urondo”. En *Veinte años de poesía argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Mansalva.



- Falchini, Adriana (2009). "Dejo constancia. Francisco "Paco" Urondo, ese cronista". En A. Gerbaudo y A. Falchini (comps.), *Cantar junto al silencio. Escritos sobre Francisco Urondo*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Jiménez León, Marcelino (1998). "La primera aventura cinematográfica de Eduardo Zamacois". En Actas XIII Congreso AIH, tomo IV. (Disponible en Internet, Centro Virtual Cervantes).
- Lafleur, Héctor, Sergio Provenzano y Fernando Alonso (1962). *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Pierini, Margarita et al. (2004), *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección Literatura Breve.
- Prieto, Adolfo (1956). *Sociología del público argentino*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.
- Sainz de Robles, Federico (1975). *La promoción de "El cuento semanal" 1907-1925. (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto (1996). *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*. Madrid: Libris (Asociación de Libreros de Viejo).
- Urondo, Beatriz y German Amato (2007). *Hermano, Paco Urondo*. Buenos Aires: Ed. Nuestra América.
- Urondo, Francisco (1962). "Zamacois existe. Ha terminado de escribir las memorias de sus primeros 80 años", Revista *Leoplan*, año XXVIII, n° 659, 17 de enero, pp. 52-54.
- Zamacois, Eduardo (1969) [1964]. *Un hombre que se va. (Memorias)*. Buenos Aires: Santiago Rueda editor.

Datos de la autora

Margarita Pierini (Buenos Aires, 1947). Es Doctora en Letras por la Universidad Nacional de México. Desde 1971 hasta la fecha se ha desempeñado como docente e investigadora en diversas universidades de Argentina y México. Actualmente es profesora titular en la Universidad Nacional de Quilmes. Ha dirigido equipos de investigación sobre *La Novela Semanal (1917-1926)*; sobre las editoriales argentinas destinadas al público masivo (1900-1940); sobre escritoras argentinas del siglo XX vinculadas con el mundo de la política. Entre sus áreas de interés: la narrativa argentina e hispanoamericana; la novela popular, sus creadores y su público; el mundo de la edición, en particular las colecciones argentinas del siglo XX. Entre sus publicaciones se encuentran *12 cuentos para leer en el tranvía. Una antología de La Novela Semanal* (estudio preliminar y selección), EdiUNQ, Bernal, 2009; *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso* (Editores: Sandra Fernández, Patricio Geli, Margarita Pierini), Rosario, Editorial Pro-Historia, 2007; *Viajar para (des)conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, UAM-I, 1990.